

Todo acontece al alba

La Phalène de **2017** comenzó un soleado día de abril con un acto poético realizado en el Templo de las Musas, a un costado de la Acrópolis, cuando un grupo de profesores y miembros de la Ciudad Abierta fuimos a montar la primera de las dos exposiciones con las que participamos en la Documenta 14, que tuvo dos sedes: Atenas y Kassel.

En vez de proyectar un diseño, optamos por que el contenido de esa exposición se fuera elaborando y construyendo durante nuestra estadía, mediante una serie de actos poéticos y Phalènes que le irían dando forma. Habíamos realizado un acto cerca del Estadio Olímpico, dentro del espacio expositivo, y pensando en una ocasión más especial, invitamos a Cecilia Vicuña, al curador Dieter Roelstraete y a Vivian Suter, artista suiza radicada en la selva guatemalteca. A ellos se sumaban amigos griegos, jóvenes, y entre nosotros Herbert Spencer, Manuel Sanfuentes, Marcelo Araya, Nicolás Ibaceta, Agustina Fernández, un grupo aproximado de diez personas.

El acto comenzó con lo que llamamos el «Oráculo digital», un sistema diseñado por Herbert a través del celular y basado en un conjunto de palabras tomadas de un acto anterior, celebrado en Valparaíso con los alumnos de la Escuela. Este juego consistía en tocar la pantalla del teléfono para hacer que las palabras empezaran a rotar y detenerlas con un segundo tacto, quedando cuatro conceptos seleccionados al azar, únicos para cada participante. Mientras tanto, Floro, provisto de un pincel grueso y un pocillo con tinta diluida, nos hacía dibujar libremente en unas páginas pequeñas.

Dentro de este acto, Cecilia Vicuña realizó su propio acto poético, al modo como ella hace las cosas: oracular, pitonisa, medio en trance. Acucillada en el suelo adoptó una forma fetal, colocando frente

a ella un cuaderno en blanco y sobre su cuerpo unas flores que le habíamos regalado esa mañana. Lentamente se levantó, caminó entre nosotros que estábamos dispuestos en círculo y susurró en nuestros oídos una especie de guturaciones, dejando una estela de sonidos. Terminado el acto, le contamos que pensábamos partir ese mismo día a Delfos para hacer una Phalène fuera del contexto de Atenas, y nos dijo: «Si van a Delfos, vayan de madrugada, al alba, puesto que es ahí cuando se manifiesta el dios del lugar». Y nos contó que en ese trayecto y al amanecer se había encontrado con una serpiente en el camino que le había parecido una manifestación incuestionable del oráculo.

En plena madrugada, sin desayunar, partimos hacia las puertas del oráculo, pero lo hallamos completamente cerrado. Todavía no amanecía. Me senté a meditar en un lugar semejante a una fuente de agua seca, muy cansado. Cuando desperté todos se habían ido. Avancé por la orilla del camino hasta hallarme con una puerta abierta que me llevó al Tholos de Atenea Pronaia. Me acerqué y lo rodeé: estaba todo muy silencioso y no había nadie para echarme o cobrarme alguna entrada. Me quedé dibujando el Tholos por bastante tiempo. Todavía no salía el sol y la serenidad del lugar me llevó a meditar otra vez. Permanecí unos minutos en ese estado cuando de pronto escucho una palabra que se repite tres veces en mi interior: Anaximandro, Anaximandro, Anaximandro. Quedé perplejo. Ante la insistencia abro los ojos y en el mismo instante el Tholos comienza a iluminarse por dentro con el primer rayo del día. La breve belleza de ese momento se vio interrumpida por la llegada de buses atestados de turistas hablando, gritando, sacando fotos. Cecilia tenía razón: en Delfos todo acontece al alba.

Andrés Garcés Alzamora